

**E**ra una noche tan oscura que costaba distinguir las hojas de los árboles sobre el fondo del cielo. La luna parecía el diminuto gajo de una fruta plateada.

Sin embargo, los ojos de una lechuza brillaban sobre la rama de aquel olivo. Redondos y luminosos, sin parpadear, permanecían atentos a cualquier movimiento en las tinieblas.

Esa lechuza, que es uno de los protagonistas de esta historia, era como todas las demás, aunque quizá un poco más nerviosa. A veces abría un poco las alas, a veces agitaba el pecho y sacudía sus plumas. Pero, sobre todo, llevaba su mirada a un lado y a otro ante el menor ruido.

Y hay que ver a las lechuzas girar totalmente su cabeza para saber lo impresionante que resulta: lo hacen sin que se mueva nada el resto del cuerpo. Es como si enroscaran y desenroscaran el cuello. Cuando estás detrás de una de ellas y, de repente, se vuelve y te mira con sus ojos oscuros..., creedme si os digo que es difícil no sentir miedo.

Pero, como ya hemos dicho, esa lechuza no se distinguía de las otras en nada realmente importante. Como todas, tenía la cara tan lisa que parecía que alguien le hubiera pasado una plancha antes de dejarla salir de casa. Solamente el pico, curvado, sobresalía apenas por debajo de sus ojos.

No vamos a extendernos más sobre su aspecto, porque lo interesante de esta historia es lo que sucedió aquella noche, cuando estaba sobre la rugosa rama de ese olivo que era su favorito desde hacía mucho tiempo.

Y donde nunca, hasta entonces, había sido molestada.

Era ya una hora avanzada cuando escuchó una agitación de ramas a sus espaldas.

Giró la cabeza rápidamente y estuvo mirando un buen rato, pero no vio nada, y terminó pensando que sería alguna hoja que se había desprendido del árbol.

Devolvió la cabeza a su posición normal, y ya estaba a punto de olvidar el asunto cuando oyó detrás de ella una vocecilla fina, un poco aflautada:

—Buenas noches, señora lechuga.

Se giró de nuevo y vio aparecer entre la espesura del árbol la cabecita diminuta de un pequeño gorrión.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

—Nada. La he visto tan sola que he pensado que quizá le apeteciese tener compañía.

—No necesito compañía —le dijo muy seria la lechuga—. Y, además, ¿no deberías estar durmiendo?..., los gorriones duermen a estas horas.

—Es que... ése es mi problema —le respondió—: nunca he conseguido dormir por la noche. Hay tanto silencio que, en cuanto cierro los ojos, con cualquier pequeño ruido me asusto.

—Vaya —exclamó la lechuza.

—Sólo me quedo dormido durante el día —continuó el gorrión—, cuando los sonidos se mezclan unos con otros. Busco un buen refugio donde no llegue la luz y caigo en redondo..., pero durante la noche no hay manera.

—Menudo bicho raro estás hecho —dijo ella. Luego, volvió la cabeza al frente como dando por finalizada la conversación, y añadió a media voz—: Es ya lo único que me faltaba por ver en la vida: ¡un gorrión con insomnio!

—Sí. Ya sé que soy un bicho raro —dijo el gorrión—. Por eso, mis compañeros no me dejan quedarme con ellos. Dicen que me muevo mucho y les despier-to..., bueno, también dicen que hablo demasiado.

—Pues aquí no hables, o me espantarás la caza.

—Es verdad. No me acordaba de que ustedes, las lechuzas, son unas buenas cazadoras. ¿Ha tenido suerte hoy?

—No. Aún no he tenido suerte. Y no la tendré si no te callas —dijo la lechuza sin volverse hacia él, dispuesta a olvidarse de aquel visitante molesto. Pero, enseguida, escuchó a sus espaldas:

—Sí. Perdone. Me callaré. Sólo quería ser amable. ¿Sabe?, a veces digo cosas sin ton ni son, pero no lo hago por molestar, sino porque pienso que a los demás les apetecerá que alguien hable con ellos. Porque lo que yo digo es que a todo el mundo le gusta charlar. Y, si no, ¿para qué se ha hecho el poder hablar?..., no va a ser para estar callados, ¿verdad? No sé qué pensará usted sobre este asunto, porque cada uno puede tener su opinión, pero...

La lechuza levantó los ojos al cielo, como pidiendo que alguien apartase de su lado aquella máquina parlante. Pero como

nadie lo hacía fue ella misma la que giró otra vez la cabeza y, dirigiéndole su peor mirada, le gritó:

—¿Pero es que no vas a callarte?!

El gorrioncillo se quedó con el pico entreabierto y los ojos parpadeando, hasta que, con un hilo de voz, dijo:

—Lo siento. No hablaré más.

La lechuza se volvió de nuevo al frente.

Apenas habían pasado unos segundos, cuando escuchó un murmullo suave tras ella, como de alguien que habla consigo mismo en voz muy baja, pero que, al mismo tiempo, quiere ser escuchado. Era, otra vez, la voz del gorrión:

—El caso es que siempre me pasa lo mismo, y con todo el mundo. Hablo más de la cuenta. Y a nadie le debe de parecer interesante, porque sólo me piden que me calle. Yo creo que nunca digo nada que pueda molestar. Será que resulto aburrido. Pero ¿qué cosas divertidas puede contar un gorrión?, ¿que ha encontrado una

semilla un poco más grande de lo normal?, ¿que ha descubierto un bonito charco donde bañarse?... Nada, la vida de los gorriones no es como la de las lechuzas, no vivimos aventuras de caza ni nos pasa nada interesante.

Esta vez la lechuza ya ni siquiera se giró. Dio un resoplido, extendió sus alas y voló en la busca de otro árbol.

El gorrión no la siguió, se quedó en silencio e inmóvil. La miraba alejarse.

Y sus ojos se empañaron como sólo se empañan los ojos de los gorriones cuando se llenan de tristeza.

A la noche siguiente, la lechuza volvió a posarse en el mismo árbol. Al hacerlo, recordó lo que le había sucedido la pasada madrugada, con aquel diminuto gorrión y su charla interminable, que tanto la había molestado.

Y así estaba, otra vez en su rama favorita cuando, de pronto, volvió a oír a sus espaldas:

—Buenas noches, señora lechuza.

Cerró los ojos con fastidio, sin girar la cabeza. Y empezó a oír de nuevo la voz tras ella:

—Ayer se fue sin despedirse. Si la molestaba no tenía más que decírmelo. No está bien dejarle a uno con la palabra en la boca. Los otros gorriones, al menos, me dicen que me calle, o que me marche, pero no se van y me dejan solo cuando estoy hablando con ellos... No sé usted qué pensará, pero a mí me parece que no es de buena educación que...

La lechuza pensó que todo iba repetirse, y que aquel pajarillo no sería capaz de callarse nunca. Entonces se volvió, y con unos ojos que despedían rayos, le gritó:

—¡Pues vete con tus amigos!..., si tan educados son, déjame en paz y vete con ellos.

El gorrión bajó la mirada, entornó los párpados, y, con voz triste, dijo:

—Me lo han prohibido.

—¿Cómo dices? —preguntó la lechuza.







—Sí. La verdad es que no tengo amigos. Me han tirado de su lado. Dicen que no les dejo dormir. No puedo quedarme con ellos por las noches. Y como durante el día soy yo el que tiene que dormir... pensé que debía buscar a alguien que también pasase las noches despierto, como usted. Pero veo que molesto en todas partes.

La lechuza se volvió de nuevo al frente. Empezaba a darle un poco de pena aquel gorrioncillo sin sueño expulsado por sus propios compañeros.

Ya estaba pensando en decirle que podía quedarse con ella si permanecía en silencio, cuando oyó un ligero batir de alas a sus espaldas.

Giró la cabeza y ya no le vio.

Sintió algo parecido a remordimientos, pero luego se dijo que era mejor así: nunca conseguiría cazar nada con alguien a su lado haciendo ruido y hablando sin parar.

Y además —dijo como si pensase en voz alta—, ¿cómo es que nadie le ha con-

tado que a veces las lechuzas también cazamos pequeños pajaritos?... La verdad es que nadie parece haberse preocupado mucho por él.

Pero el gorrión, en realidad, no se marchó lejos. Se había parado sobre un cable telefónico a poca distancia, y se lamentaba de la poca paciencia que tenía todo el mundo. No comprendía cómo podían ser tan ariscos con alguien que nunca quería molestar y que siempre proporcionaba ratos de conversación agradable.

Finalmente, terminó convenciéndose de que eran los demás los equivocados al tratarle así, y de que, si insistía un poco, aquella lechuza también acabaría por comprenderlo.

Así que emprendió de nuevo el vuelo en dirección al olivo.

Iba a hacerle ver a aquella malhumorada ave nocturna que sus noches resultarían mucho más divertidas si tenía un buen compañero a su lado.